

Etgar Keret

**Un libro largo
de cuentos cortos**

Traducción del hebreo de
Ana María Bejarano

Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Prólogo del autor	11
La chica sobre la nevera y otros relatos	
Romper el cerdito	17
Tan estupendamente bien	20
Echo de menos a Kissinger	23
Las personas huecas	26
Cumpleaños sin mago	28
El truco del sombrero	31
Un agujero en la pared	34
Aceras	37
El campeón del mundo	40
Un cuadro	43
Mi hermano está deprimido	46
La triste historia de la familia Nemalim	48
El tío del mono	55
Listo para disparar	57
La novia de Korbi	61
Buenas intenciones	66
Un afeitado finísimo	71
Burbujas	73
Huevos de dinosaurio	75
Que se mueran	79
Subir el listón	82
El verdadero campeón de los juegos preolímpicos	84
Lengua extranjera	88
Gotas	91

Una fuerte ventisca	93
Las zapatillas de deporte	96
Mi mejor amigo	100
La pasta de la que están hechos los sueños	102
Dolores menstruales	105
El rey de los barberos	107
Abram Kadabram	110
Venus me sale rana	114
A través de las paredes	116
Los Santini voladores	118
Cien por cien	121
La chica sobre la nevera	123
Días terribles	125
Literatura traducida: el muñeco de nieve	127
Gaza blues	130
La exclusiva	133
La escuela de magia	140
Hormigas	143
¡Parados!	145
Otra alternativa	148
Sin ella	150
Búfalos	152
Las aventuras de Gdidin contra el contraespionaje	154
Paciencia	160
El verano del setenta y seis	162

Pizzería Kamikaze y otros relatos

La historia del conductor de autobús que quería ser Dios	169
La chaladura de Nimrod	173
El cóctel del Infierno	187
Útero	191
Pizzería Kamikaze	194

Un hombre sin cabeza y otros relatos

El gordito	253
A Tuvia le pegan un tiro	256
Un beso en la boca en Mombasa	260
Tu hombre	262
Una buena obra al día	267
Shriki	271
Ocho por ciento de nada	274
Satisfacción	278
Suciedad	283
La chistosa	285
Lev Tov	289
Ojos brillantes	294
Benni Bagage	298
Reparación	302
Un hombre sin cabeza	303
Halibut	306
Caballito	310
Jet lag	314
Mi novia está desnuda	318
La botella	321
Una visita a la cabina del piloto	323
Un pensamiento en forma de cuento	328
La teoría del aburrimiento de Gur	331
Los pechos de una chica de dieciocho	334
Doto	338
Un bebé	342
<i>How to make a good script great</i>	344
Regla de oro	347
Rabin ha muerto	350
Una hermosa pareja	353
Ángulo	356
Un cuento más y ya está	359
Yosoyel	362
Una segunda oportunidad	379

De repente llaman a la puerta

De repente llaman a la puerta	385
Mentiralandia	390
Quesu-Cristo	399
Simyon	403
Cerrados	409
Mañana saludable	412
Equipo	417
Pudin	422
Pues últimamente sí se me levanta	425
Pinchazo	436
Un niño muy educado	439
Mystic	442
Escritura creativa	444
Resfriado	449
Agarrar el quiquiriquí por la cola	452
Escoge color	458
Moratón	461
¿Qué llevamos en los bolsillos?	467
Mal karma	469
Ilan	477
La perra	480
Cuento vencedor y Cuento vencedor II	483
Una buena	486
Huevo sorpresa	493
Pez dorado	497
Completamente sola, no	502
Tras el final	505
Un autobús grande y azul	510
Hemorroide	516
Septiembre todo el año	518
Joseph	521
Cena de condolencia	524
Más vida	528
Mundos paralelos	532
<i>Upgrade</i>	534
Guayaba	538
Fiesta sorpresa	540
¿Qué animal eres?	557

Prólogo

Durante la gala de un festival de cine, un viejo director me dijo que, para él, recibir el premio a toda una carrera era atterradamente parecido a verse aquejado de demencia: ambas cosas suponían la antesala de la muerte.

En cierto sentido, el equivalente literario a este tipo de premios es la publicación de un ómnibus. Ver recogidos en un solo volumen las decenas de historias que he escrito a lo largo de treinta años, me hace sentir viejo de inmediato. Todas ellas fueron escritas en un periodo señalado de mi vida y, en ese momento, cada una de ellas era especial para mí, como un hijo único. Ahora que aparecen reunidas en un grueso tomo, me siento como un padre anciano que ha convocado a su prole junto al lecho de muerte para despedirse. En esta circunstancia tan poco habitual, me siento obligado a dedicar unas palabras a todos mis cuentos, tanto a los antiguos como a los más recientes, tanto a los divertidos como a sus hermanos más deprimidos y malhumorados:

Mis queridos cuentos, os quiero a todos. El hecho de que seáis muchos no mengua en lo más mínimo mi amor por cada uno de vosotros. Cuando nacisteis, estaba convencido de que todos creceríais hasta convertirlos en una gran novela. Pero cuando dejasteis de hacerlo, después de tres o cuatro páginas, no me sentí decepcionado. Como escritor de cuentos que con los años ha aprendido a aceptarse y a respetarse, sé que lo que importa en la vida no es el tamaño sino la perfección. Y para mí, sois todos bellos y perfectos, pequeños pero bien proporcionados y, por encima de todo, llenos de un genuino deseo de creer en la bondad. Este deseo no siempre soporta mirar cara a cara a la realidad, lo sé, pero como una vez me dijo mi padre «en los buenos tiempos, lo más importante es el

resultado; pero cuando las cosas se ponen duras, con la voluntad es suficiente». Y esto es exactamente lo que sois: apenas unos cuentos nacidos en tiempos difíciles (permittedme compartir un secreto con vosotros, queridos míos, la historia de la Humanidad nunca los ha conocido fáciles) que nunca han dejado de confiar en la existencia del bien. Ahora que habéis sido recogidos en este ómnibus, por favor, seguid viviendo juntos en paz y no olvidéis ser amables con este prólogo. Puede que sea más corto y menos elaborado que vosotros, pero también se esfuerza en tratar de hacer del mundo un lugar mejor.

Ahora haré una larga y dramática pausa, me recostaré y cerraré los ojos como es costumbre hacer en este tipo de despedidas. A través de mis párpados entrecerrados, veré cómo todas mis historias inclinan sus cabezas y desfilan en silencio fuera de la habitación. Cuando la última haya salido cerrando la puerta tras ella, saltaré de la cama y sentado frente a mi escritorio, comenzaré a escribir una nueva.

Etgar Keret

La chica sobre la nevera y otros relatos

A mi hermano Nimrod, y a Uzi

Romper el cerdito

Mi padre no se avino a comprarme un muñeco de Bart Simpson. Y eso que mi madre sí quería, pero mi padre no cedió y dijo que soy un caprichoso.

—¿Por qué se lo vamos a tener que comprar, eh? —le dijo a mi madre—. No tiene más que abrir la boca y tú ya te pones firme a sus órdenes.

Mi padre añadió que no tengo ningún respeto por el dinero, que si no aprendo a tenérselo ahora que soy pequeño, cuándo voy a aprenderlo. Los niños a los que les compran sin más muñecos de Bart Simpson se convierten de mayores en unos gamberros que roban en los quioscos porque se han acostumbrado a que todo lo que se les antoja se les da sin más. Así es que en vez de un muñeco de Bart Simpson me compró un cerdito feísimo de cerámica con una ranura en el lomo, y ahora sí que me voy a criar siendo una persona de bien, ahora ya no me voy a convertir en un gamberro.

Lo que tengo que hacer, a partir de hoy, todas las mañanas, es tomarme una taza de cacao, aunque lo odio. El cacao con telilla de nata es un shekel; sin telilla, medio shekel, pero si después de tomármelo voy directamente a vomitar, entonces no me dan nada. Las monedas se las voy echando al cerdito por el lomo, de manera que si lo sacudo hace ruido. Cuando en el cerdito haya tantas monedas que al sacudirlo no se oiga nada, entonces me regalarán un muñeco de Bart Simpson en monopatín. Porque, como dice mi padre, eso sí que es educar.

El caso es que el cerdito es muy mono, tiene el hocico frío cuando se le toca y, además, sonrío al meterle el shekel por el lomo, lo mismo que cuando solo se le echa medio shekel, aunque lo mejor es que también sonrío cuando no se le echa nada. Además le he buscado un nombre, le he puesto Pesajson, como el hombre que

tuvo nuestro buzón antes de que llegáramos nosotros, un buzón del que mi padre no conseguía arrancar la pegatina. Pesajson no es como mis otros juguetes, es mucho más tranquilo, sin luces ni resortes, y sin pilas que le suelten su líquido por la cara. Lo único que hay que hacer es tenerlo vigilado para que no salte de la mesa.

—¡Pesajson, cuidado, que eres de cerámica! —le digo cuando me doy cuenta de que se ha agachado un poco y mira al suelo, y entonces él me sonrío y espera pacientemente a que yo lo baje. Me encanta cuando sonrío; es solo por él por lo que me tomo el cacao con la telilla de nata todas las mañanas, para poderle echar el shekel por el lomo y ver cómo su sonrisa no cambia ni una pizca.

—Te quiero, Pesajson —le digo después—, y para ser sincero te diré que te quiero más que a papá y a mamá. Además siempre te querré, pase lo que pase, aunque atraque quioscos. ¡Pero si llegas a saltar de la mesa, pobre de ti!

Ayer vino mi padre, cogió a Pesajson y empezó a sacudirlo salvajemente del revés.

—Cuidado, papá —le dije—, vas a hacer que a Pesajson le duela la barriga —pero mi padre siguió como si nada.

—No hace ruido, ¿sabes lo que quiere decir eso, Yoavi? Que mañana vas a tener un Bart Simpson en monopatín.

—¡Qué bien, papá! —le dije—. Un Bart Simpson en monopatín, genial. Pero deja de sacudirlo, porque haces que se sienta mal.

Papá dejó a Pesajson en su sitio y fue a llamar a mi madre. Volvió al cabo de un minuto arrastrándola con una mano y en la otra un martillo.

—¿Ves cómo yo tenía razón? —le dijo a mi madre—, ahora sabrá valorar las cosas, ¿a que sí, Yoavi?

—Pues claro —le respondí—, claro que sí, pero ¿por qué un martillo?

—Es para ti —dijo mi padre mientras me lo entregaba—, pero ten cuidado.

—Pues claro que lo tengo —le respondí, porque la verdad es que así era, pero a los pocos minutos mi padre se impacientó y me espetó:

—¡Venga, dale ya al cerdito de una vez!

—¿Qué? —exclamé yo—. ¿A Pesajson?

—Sí, sí, a Pesajson —insistió mi padre—. Anda, venga, rómpelo. Te mereces ese Bart Simpson, porque te lo has ganado a pulso.

Pesajson me brindó la melancólica sonrisa de un cerdito de cerámica que sabe que ha llegado su fin. A la porra con el Bart

Simpson, porque ¿cómo iba a darle un martillazo en la cabeza a un amigo?

—No quiero un Simpson —dije, y le devolví el martillo a mi padre—, me basta con Pesajson.

—No lo has entendido —me aclaró entonces mi padre—, no pasa nada, así es como se aprende, ven, que te lo voy a romper yo. —Alzó el martillo mientras yo miraba los ojos desesperados de mi madre y luego la sonrisa fatigada de Pesajson, y entonces supe que todo dependía de mí, que si no hacía algo Pesajson iba a morir.

—Papá —le dije sujetándolo por la pernera.

—¿Qué pasa, Yoavi? —me respondió él, con el martillo todavía en alto.

—Quiero un shekel más, por favor —le supliqué—, deja que le eche otro shekel, mañana, después del cacao, y entonces lo rompemos, mañana, lo prometo.

—¿Otro shekel? —sonrió mi padre, dejando el martillo sobre la mesa—. ¿Lo ves, mujer?, he conseguido que el niño tome conciencia.

—Eso, sí, conciencia —le dije—, mañana. —Y eso que las lágrimas ya me anegaban la garganta.

Cuando ellos hubieron salido de la habitación abracé muy fuerte a Pesajson y di rienda suelta a mi llanto. Pesajson no decía nada, sino que, muy calladito, temblaba entre mis brazos.

—No te preocupes —le susurré al oído—, que te voy a salvar.

Por la noche me quedé esperando a que mi padre terminara de ver la tele en el salón y se fuera a dormir. Entonces me levanté sin hacer ruido y me escabullí afuera con Pesajson, por la galería. Anduvimos juntos durante muchísimo rato en medio de la oscuridad, hasta que llegamos a un campo lleno de ortigas.

—A los cerdos les encantan los campos —le dije a Pesajson mientras lo dejaba en el suelo—, especialmente los campos de ortigas. Vas a estar muy bien aquí.

Me quedé esperando una respuesta, pero Pesajson no dijo nada, y cuando le rocé el morro como gesto de despedida, se limitó a clavar en mí su melancólica mirada. Sabía que nunca más volvería a verme.